

RUDYARD KIPLING

RELATOS

SELECCIÓN Y POSTFACIO  
DE ALBERTO MANGUEL

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE CATALINA MARTÍNEZ

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Collected Stories*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© by the Natural Trust for Places of Historic Interest  
or Natural Beauty

© de la selección y el postfacio, 2008 by Alberto Manguel

© de la traducción, 2008 by Catalina Martínez Muñoz

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados, Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-38-5

DEPÓSITO LEGAL: B. I.625 - 2008

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

En la cubierta, retrato de Rudyard Kipling

PRIMERA EDICIÓN *marzo 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

En la casa de Suddhoo	7
Transgresión	17
La puerta de las Cien Penas	25
El <i>rickshaw</i> fantasma	32
La extraña galopada de Morrowbie Jukes	60
El hombre que pudo reinar	86
Bee, bee, ovejita negra	129
Tambores de guerra	163
Sin pasar por la vicaría	203
Al final del viaje	231
La marca de la bestia	256
La ciudad de la noche atroz	272
Un hecho real	280
El mejor relato del mundo	297
El milagro de Purun Bhagat	332
Los constructores del puente	349
Una guerra de sahíbs	390
La radio	412
Ellos	435
La colmena madre	463
Los zorritos	483
En el mismo barco	511
El filo de la noche	541
Régulo	563
Mary Postgate	591
La casa de los deseos	611
Una virgen en las trincheras	635
El ojo de Alá	659
El jardinero	686
El alba malograda	700

La iglesia que había en Antioquía	727
Aficionados	751
Pruebas de las Sagradas Escrituras	776
Postfacio. <i>Kipling Narrador</i> por ALBERTO MANGUEL	792

## EN LA CASA DE SUDDHOO

Cae una piedra desde uno y otro lado  
de la ordenada senda que pisamos,  
y así se torna el mundo delirante y extraño:  
demonio y *churel* y duende y *dyinn*  
esta noche nos harán compañía.  
Pues hemos alcanzado la Tierra Más Antigua,  
gobernada por las fuerzas de la Oscuridad.

*Del crepúsculo al alba*

La casa de Suddhoo, situada cerca de la Puerta de Tasali, tiene dos pisos, cuatro ventanas de madera tallada y una azotea. Se distingue por las cinco huellas de mano, rojas y dispuestas como el cinco de diamantes sobre el muro encalado, entre las ventanas superiores. Bhagwan Dass, el tendero, y otro hombre que dice ganarse la vida grabando sellos, viven en la planta inferior, con un tropel de esposas, criados, amigos y empleados. Las dos habitaciones de la segunda planta las ocupaban antes Yanoo, Azizun y un terrier negro y marrón, robado de la casa de un inglés, que un soldado le regaló a Yanoo. Hoy sólo Yanoo vive en el piso de arriba. Suddhoo suele dormir en la azotea, salvo cuando duerme en la calle. Hasta hace poco, acostumbraba ir a Peshawar en la estación fría para visitar a su hijo, que vende curiosidades cerca de Edwardes' Gate, y entonces dormía bajo un verdadero techo de adobe. Suddhoo es buen amigo mío, pues su primo tenía un hijo que, gracias a mi recomendación, se colocó como jefe de recaderos de una gran empresa en el Puesto. Dice que cualquier día Dios me nombrará vicegobernador. Y yo me atrevo a asegurar que su profecía se verá cumplida. Es muy, muy anciano, con el pelo blanco y dientes que más

vale no ver, y ha sobrevivido a casi todo, salvo al amor por su hijo, que vive en Peshawar. Yanoo y Azizun son cachemires, damas de la ciudad, y era la suya una profesión antigua y más o menos honrosa. Azizun se casó más tarde con un estudiante de medicina del noroeste y hoy lleva una vida sumamente respetable en algún lugar cercano a Bareilly. Bhagwan Dass es un extorsionador y un timador. Y muy rico. El hombre que supuestamente se gana la vida tallando sellos finge ser muy pobre. Ya saben ustedes todo lo necesario acerca de los cuatro ocupantes principales de la casa de Suddhoo. Y estoy también yo, claro; pero yo soy tan sólo el coro que aparece al final para explicar las cosas, y por eso no cuento.

Suddhoo no era un hombre listo. El más listo de todos era el que se hacía pasar por grabador de sellos—Bhagwan Dass sólo sabía mentir—, con excepción de Yanoo, que además era hermosa, aunque eso no viene al caso.

El hijo de Suddhoo que vivía en Peshawar había sufrido un ataque de pleuresía, y el padre estaba muy preocupado. El grabador de sellos supo de su aflicción y decidió sacar provecho de las circunstancias. Era un hombre muy bien informado. Tenía un amigo en Peshawar al que podía telegrafiar a diario para saber de la salud del hijo. Y aquí comienza la historia.

Una tarde, el primo de Suddhoo se presentó en mi casa diciendo que éste quería verme, pero estaba demasiado anciano y débil para acudir personalmente, por lo que me rogaba le hiciese el sumo honor de ir a su casa. Allá fui; al ver lo holgadamente que vivía Suddhoo, ahora pienso que podía haber enviado algo mejor que un destartalado *ekka* que avanzaba dando peligrosas sacudidas para recoger a un futuro vicegobernador de la ciudad aquella bochornosa tarde de abril. El *ekka* no era rápido. La oscuridad había caído por completo cuando nos detuvimos frente a la puerta de la tumba de Ranyit Singh, junto al portón del fuerte. Allí nos esperaba Suddhoo, quien afirmó estar convencido de que,

en razón de mi condescendencia, sería nombrado vicegobernador antes de que mi cabeza se cubriera de canas. Pasamos quince minutos hablando del tiempo, de mi estado de salud y de la cosecha de trigo, sentados en el Huzuri Bagh, bajo las estrellas.

Suddhoo entró en materia finalmente. Yanoo le había contado que el *Sirkar* había dictado una ley contra la magia, pues se temía que la práctica de estas artes pudiera acabar con la vida de la emperatriz de la India. Yo no tenía noticia del asunto, pero supuse que algo interesante estaba a punto de ocurrir. Señalé que, por más que el gobierno lo desaprobaba, la magia era cosa muy recomendable. Hasta los funcionarios del Estado la practicaban. (No sé de qué otro modo puede entenderse el Balance de las Cuentas del País). Y con intención de animar a Suddhoo, añadí que si en verdad había una campaña de magia en curso, no tenía yo ningún reparo en darle mi aprobación, siempre y cuando se tratara de *yadu* blanca, muy distinta de la *yadu* negra, que mata a la gente. Pasó un buen rato antes de que Suddhoo admitiese que ésa era precisamente la razón por la que me había hecho llamar. Entre temblores y estremecimientos, me confió entonces que el grabador de sellos era un hechicero de la peor especie; a diario daba a Suddhoo noticias de su hijo enfermo en Peshawar, a una velocidad mayor de la que podía alcanzar el relámpago, y sus noticias se veían posteriormente corroboradas en las cartas del hijo. El grabador de sellos le había anunciado que un gran peligro amenazaba a su hijo, si bien él podía evitarlo haciendo uso de su *yadu* blanca, a cambio de una elevada suma, como es natural. Empecé a comprender qué terreno pisaba y le dije a Suddhoo que también yo había aprendido un poco de *yadu* occidental y que con mucho gusto acudiría a su casa para comprobar que todo se realizaba debidamente. Nos pusimos en marcha y, de camino, Suddhoo me contó que ya le había pagado al grabador de sellos primero cien y luego doscientas rupias, y que la intervención de esa noche

le costaría otras doscientas. Era poco dinero, dijo, habida cuenta del gran peligro en que su hijo se hallaba, aunque no parecía decirlo convencido.

Todas las luces de la fachada estaban apagadas cuando llegamos a la casa. Oí unos ruidos espantosos procedentes del taller del grabador; gemidos, como si estuviesen arrancando el alma a alguien. Suddhoo temblaba de la cabeza a los pies, y, mientras subíamos a tientas las escaleras, me anunció que la sesión ya había comenzado. Yanoo y Azizun nos recibieron en el rellano para informarnos de que la sesión de magia se estaba realizando en sus habitaciones, por ser más espaciosas. Yanoo es una mujer de ideas propias. Susurró que eso de la magia era un invento para sacarle el dinero a Suddhoo y, por esa razón, el grabador de sellos sería enviado cuando muriera a un lugar donde hacía mucho calor. Suddhoo casi lloraba de miedo y de vejez. No paraba de dar vueltas por la habitación en penumbra, repitiendo sin cesar el nombre de su hijo y preguntando a Azizun si no debería el grabador hacerle una rebaja por tratarse de su casero. Yanoo me condujo hasta la sombra del hueco de las ventanas talladas en forma de arco. Los postigos estaban cerrados, y sólo una pequeña lámpara de aceite iluminaba la estancia. No había posibilidad de que nadie me viera si me quedaba quieto.

Cesaron entonces los gemidos, y oímos pisadas en la escalera. Era el grabador. Se detuvo en la puerta, al tiempo que el terrier ladraba y Azizun buscaba a ciegas la cadena, y le ordenaba a Suddhoo que apagase la lámpara. La habitación quedó sumida en la más negra oscuridad, salvo por el resplandor rojizo de las dos *huqas*, propiedad de Yanoo y Azizun. El grabador entró, y oí que Suddhoo se echaba al suelo y empezaba a gimotear. Azizun contuvo la respiración y Yanoo retrocedió hasta una de las camas, con un escalofrío. Se oyó el tintineo de un objeto metálico y, acto seguido, una pálida llama azul verdosa se encendió a escasa distancia del suelo.



Su luz era suficiente para mostrar a Azizun, acurrucada en una esquina con el terrier entre las rodillas; a Yanoo, con las manos unidas y crispadas, que se había sentado en el borde de la cama, con el cuerpo hacia delante; a Suddhoo, tumbado boca abajo, temblando, y al grabador de sellos.

Espero no encontrarme jamás con un hombre como aquel grabador. Llevaba el torso desnudo y una corona de jazmín blanco, del grosor de mi muñeca, ceñida en la frente; se cubría por debajo de la cintura con un taparrabos de color salmón y lucía una esclava de acero en cada tobillo. Nada de esto inspiraba temor. Fue su cara lo que me dejó helado. Para empezar, tenía un color azul verdoso. De sus ojos, vueltos hacia atrás, sólo se veía la esclerótica, y su rostro era el de un demonio—un *ghoul*—que en nada salvo en el brillo se parecía al viejo rufián manchado de grasa que de día se sentaba ante el torno en el piso de abajo. Yacía sobre el estómago, con los brazos cruzados a la espalda, como si estuviera inmovilizado. Sólo el cuello y la cabeza se separaban del suelo, formando casi un ángulo recto con el cuerpo, como la cabeza de una cobra a punto de atacar. Resultaba espantoso. En mitad de la sala, sobre el suelo de tierra, reposaba un gran caldero de cobre en cuyo centro flotaba una pálida llama verde azulada, como una lamparilla de noche. El hombre dio tres vueltas completas alrededor del caldero, reptando. Cómo lo hizo es cosa que no puedo decir. Los músculos crecían como una ola a lo largo de su espalda y volvían a relajarse; no vi nada más que este movimiento. La cabeza era la única parte del cuerpo que parecía dotada de vida, aparte de las extrañas contorsiones de sus músculos dorsales. Yanoo, en la cama, respiraba a setenta pulsaciones por minuto; Azizun se cubría la cara con las manos, y el anciano Suddhoo se quitaba con los dedos la tierra adherida a la barba blanca y lloraba para sus adentros. Lo más horroroso era que la criatura que se arrastraba como un reptil no emitía sonido alguno, ¡sólo reptaba! Téngase en cuenta que la escena se prolongó por espacio de diez minu-

tos, mientras el terrier gemía, Azizun temblaba, Yanoo jadeaba y Suddhoo lloraba.

Sentí que se me erizaba el vello de la nuca y el corazón me latía como las aspas de un ventilador. Por suerte el grabador se delató al realizar el más extraordinario de sus trucos, y pude recobrar la calma. Una vez concluidas las espeluznantes vueltas, separó cuanto pudo la cabeza del suelo y lanzó un chorro de fuego por la nariz. Pero yo sabía cómo se escupe fuego—incluso puedo hacerlo—, y no me inquieté. Todo era una estafa. Si se hubiera limitado a reptar, si no hubiese querido realzar el efecto, Dios sabe lo que hubiera yo llegado a creer. Las muchachas gritaron ante la visión del fuego, mientras la cabeza del grabador caía estrepitosamente sobre el suelo y el cuerpo yacía como un cadáver, con los brazos atados. A continuación se produjo una pausa de cinco minutos, hasta que la llama azul se extinguió. Yanoo se agachó para ajustarse una de las pulseras de los tobillos, al tiempo que Azizun se volvía hacia la pared y cogía en brazos al terrier. Suddhoo estiró mecánicamente el brazo hacia la *huqa* de Yanoo, que la deslizó por el suelo con la punta del pie. En una de las paredes, justo encima del cuerpo yacente, resplandecían dos retratos con marcos de cartón, de la reina y del príncipe de Gales. Observaban la actuación y, a mi entender, su presencia la volvía aún más grotesca.

Cuando el silencio empezaba a tornarse insoportable, el cuerpo se volvió y se alejó rodando del caldero hacia un lado de la estancia, donde quedó tumbado boca arriba. En el interior del caldero se oyó un débil «plop», idéntico al sonido que hace un pez cuando salta, y la luz verde del centro revivió.

Miré el caldero y, meciéndose en el agua, vi la cabeza negra, encogida y seca de un bebé indígena: los ojos abiertos, la boca abierta y el cráneo afeitado. Por inesperado, el impacto fue mucho peor que la exhibición reptil. No tuvimos tiempo de decir nada antes de que la cabeza empezase a hablar.

Quien haya leído el relato de Poe sobre la voz que sale del cuerpo hipnotizado de un hombre agonizante alcanzará a comprender siquiera la mitad del horror que inspiraba la voz de aquella cabeza.

Mediaba entre cada palabra un intervalo de uno o dos segundos, y había en la voz una especie de tintineo, como el timbre de una campana. Se desgranó despacio, como si hablara para sí, durante varios minutos antes de que yo pudiera librarme de un sudor frío. Fue entonces cuando se me ocurrió la bendita solución. Miré el cuerpo que yacía junto al umbral de la puerta y, allí, justo en la cavidad donde el cuello se une con los hombros, vi un músculo en modo alguno relacionado con la respiración normal, a ritmo regular, de un hombre. Todo era una esmerada reproducción del terafín egipcio, del que tenemos conocimiento a través de los libros, y la voz era el fruto de un astuto y hábil ejercicio de ventriloquía. La cabeza no dejaba de chocar contra las paredes del caldero mientras le hablaba a Suddhoo, a cuyo rostro había vuelto el llanto, sobre la enfermedad del hijo y de su evolución hasta esa misma tarde. El grabador de sellos contará siempre con mi respeto por su adaptación a los tiempos del telégrafo. La voz siguió diciendo que los más diestros doctores vigilaban al enfermo día y noche, y que éste tal vez recuperase la salud si se doblaban los honorarios del poderoso hechicero, cuyo siervo era la cabeza que hablaba desde el caldero.

Ése fue el error de la puesta en escena. Era absurdo pedir el doble de lo estipulado con la voz que podría haber usado Lázaro al regresar de entre los muertos. Yanoo, que es ciertamente una mujer de intelecto masculino, cayó en la cuenta al mismo tiempo que yo. Entre dientes y con desprecio, la oí decir: «*¡Asli nabin! ¡Fareib!*». Y nada más decirlo, la luz del caldero se apagó, la cabeza dejó de hablar y oímos crujir las bisagras de la puerta de la habitación. Yanoo encendió entonces una cerilla, prendió la lámpara, y comprobamos que

la cabeza, el caldero y el grabador habían desaparecido. Suddhoo se retorció las manos y explicaba a todo el que quisiera escucharlo que, aun cuando su salvación eterna dependiera de ello, no podía conseguir otras doscientas rupias. Azizun continuaba en su rincón, al borde de la histeria, mientras que Yanoo, tranquilamente sentada en el borde de la cama, sopesaba las posibilidades de que todo fuera un *bunao*, un «montaje».

Ofrecí una explicación plausible de las artes mágicas del grabador de sellos, pero Yanoo tenía un argumento mucho más sencillo.

—La magia que exige un precio no es magia de verdad. Mi madre me enseñó que los únicos conjuros eficaces son los que se hacen por amor. Ese grabador es un mentiroso y un demonio. No me atrevo a hacer nada ni a decir nada, y tampoco a que nadie haga nada, pues estoy en deuda con Bhagwan Dass, el *bunnia*, por dos anillos de oro y una pulsera de mucho peso. Es en su tienda donde compro mi comida. El grabador es amigo suyo, y podría envenenarla. Lleva diez noches haciéndose pasar por *yadu* para sacarle a Suddhoo sus buenas rupias. Hasta hoy usaba gallinas negras, limones y mantras. Nunca había hecho nada parecido a lo de esta noche. Azizun es tonta, y no tardará en convertirse en una *pardabnashin*.<sup>1</sup> Suddhoo ha perdido su energía y su valor. Yo esperaba obtener muchas rupias de Suddhoo mientras viviera, y aún más después de su muerte; pero se lo está gastando todo en ese grabador, que es un demonio y una mala bestia.

Intervine entonces para decir:

—¿Por qué me ha metido Suddhoo en este asunto? Desde luego que puedo hablar con el grabador para que le devuelva su dinero. Todo es un juego de niños sin el menor sentido; además de una vergüenza.

<sup>1</sup> Mujer que vive oculta tras un velo. (*Salvo donde se indique, las notas son de la traductora*).

—Porque Suddhoo es como un niño viejo—dijo Yanoo—. Lleva setenta años viviendo en las azoteas y tiene menos juicio que una cabra. Le ha traído aquí para asegurarse de no estar violando ninguna ley del *Sirkar*, de cuya sal se alimentó hace ya muchos años. Venera el suelo que pisa el grabador de sellos, y ese comedor de vacas le ha prohibido que vaya a visitar a su hijo. ¿Qué sabe Suddhoo de vuestras leyes o del correo relámpago? Y yo aquí, viendo cómo malgasta su dinero con esa bestia día tras día.

Yanoo estampó el pie en el suelo, a punto de llorar de indignación, mientras Suddhoo sollozaba bajo una manta, acurrucado en el rincón, y Azizun intentaba guiar hasta su boca de anciano bobo la boquilla de la pipa.

La situación es la siguiente. Como consecuencia de mi imprudente actitud, me expongo ahora a ser acusado de colaboración e instigación para obtener dinero ilícitamente, lo cual está prohibido por el Apartado 420 del Código penal indio. Y me encuentro indefenso por la siguiente razón. No puedo informar a la policía. ¿Qué testigos respaldarían mi denuncia? Yanoo se niega en redondo, y Azizun vive oculta bajo un velo en algún lugar cercano a Bareilly, perdida en esta gran India nuestra. No me atrevo a tomar la justicia por mi mano hablando con el grabador de sellos, pues no sólo es seguro que Suddhoo no me creería, sino que podría provocar el envenenamiento de Yanoo, maniatada por su deuda con el *bunnia*. Suddhoo es un viejo chocho, y siempre que nos encontramos repite mi mal chiste de que el *Sirkar* patrocina la magia negra, antes que velar por lo contrario. Su hijo ya se ha recuperado, pero Suddhoo vive completamente sometido por el grabador de sellos, conforme a cuyos consejos regula todos sus asuntos. Yanoo ve cómo día tras día el grabador se queda con el dinero que ella esperaba obtener de Suddhoo, y está cada vez más furiosa y huraña.

Nunca dirá nada, porque no se atreve; pero, a menos que algo la detenga, temo que el grabador morirá de cólera—en su variedad causada por el arsénico blanco—mediado el mes de mayo. Y será así como yo tendré conocimiento de un crimen en la casa de Suddhoo.

## TRANSGRESIÓN

El amor no repara en castas ni el sueño en cama rota.  
Salí en busca del amor y me perdí.

*Proverbio hindú*

Todo hombre debiera ceñirse a su propia casta, raza y educación, en cualquier circunstancia. Que vaya el blanco con el blanco y el negro con el negro. En tal caso, cualquier problema que pueda presentarse estará dentro del curso ordinario de las cosas: no será repentino, ni ajeno ni inesperado.

Ésta es la historia de un hombre que deliberadamente traspasó los límites seguros de la vida decente en sociedad, y lo pagó muy caro.

En primer lugar, sabía demasiado, y en segundo lugar vio más de la cuenta. Se interesó en exceso por la vida de los nativos, pero nunca más volverá a hacerlo.

En el recóndito corazón de la ciudad, tras el *bustee* de Yi-tha Megyi, se encuentra el callejón de Amir Nath, que muere en una tapia horadada por una ventana con una reja. A la entrada del callejón hay una vaquería, y las paredes a ambos lados carecen de ventanas. Ni Suchet Singh ni Gaur Chand aprueban que sus mujeres se asomen al mundo. Si Durga Charan hubiera sido de la misma opinión, hoy sería un hombre más feliz, y la pequeña Bisesa habría podido amasar su propio pan. Daba la habitación de Bisesa, a través de la ventana enrejada, al angosto y oscuro callejón, donde jamás entraba el sol y las búfalas se revolcaban en el lodo azul. Era una joven viuda, de unos quince años, y día y noche suplicaba a los dioses que le enviaran un nuevo amante, pues no le gustaba vivir sola.

Cierto día, el hombre—Trejago se llamaba—se adentró en el callejón de Amir Nath mientras deambulaba sin rum-

bo y, tras pasar junto a las búfalas, tropezó con un gran montón de forraje.

Vio entonces que el callejón no tenía salida y oyó una risita ahogada tras la ventana enrejada. Era una risa muy agradable, y, sabedor de que las *Mil y una noches* son una buena guía en cualquier situación práctica, Trejago se acercó a la ventana y susurró ese verso de «La canción de amor de Har Dyal» que empieza así:

¿Puede un hombre mantenerse erguido frente al sol desnudo; o un amante en presencia de su amada?  
Si mis pies flaquearan, ¡ay, alma de mi alma!, ¿se me puede culpar, pues me ha cegado el resplandor de tu belleza?

Sonó tras las rejas el leve tintineo de unas pulseras de mujer, y una vocecilla continuó la canción en su quinto verso:

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Puede decir la luna al loto de su amor si la puerta del cielo está cerrada y se concentran nubes para gestar la lluvia?

Hacia el norte se han llevado a mi amada los caballos de carga. Los grilletes que ciñen esos pies los llevo puestos en mi corazón. Avisa a los arqueros, que se apresten...

La voz se detuvo bruscamente, y Trejago salió del callejón preguntándose quién podría haber concluido «La canción de amor de Har Dyal» con tanta habilidad.

A la mañana siguiente, cuando iba camino de su oficina, una anciana arrojó un paquete en su coche de caballos. El paquete contenía la mitad de un brazaletes de cristal roto, una flor de *dhak*, roja como la sangre, un pellizco de *bhusa* o forraje y once semillas de cardamomo. Era una carta; no una carta comprometedoras y torpe, sino una inocente y críptica misiva de amor.

Trejago sabía mucho de estas cosas, como ya se ha men-



cionado. Ningún inglés sería capaz de traducir estas cartas-objeto, pero Trejago esparció las menudencias sobre la tapa de su escritorio y se dispuso a desentrañar su significado.

El brazalete de cristal roto representa en toda la India a una viuda hindú, porque, cuando el marido muere, a la mujer le rompen los brazaletes que lleva en las muñecas. Trejago comprendió el significado del fragmento de cristal. La flor de *dhak* puede significar «deseo», «ven», «escribe» o «peligro», según el resto de los objetos que la acompañen. El cardamomo simboliza los celos, pero cuando un objeto aparece duplicado en este tipo de mensajes, pierde su significado simbólico y pasa a indicar sencillamente una parte de una secuencia que denota tiempo, o lugar, si va acompañado de incienso, cuajada o azafrán. Así pues, el mensaje decía: «Una viuda... flor de *dhak* y *bhusa*... a las once». El pellizco de *bhusa* iluminó a Trejago. Comprendió—la interpretación de este tipo de cartas depende en gran medida del conocimiento instintivo—que el *bhusa* se refería al montón de forraje con el que se había topado en el callejón de Amir Nath, y dedujo que el mensaje tenía que ser de la mujer que se encontraba tras la ventana enrejada, que era viuda. Así pues, el mensaje decía: «Una viuda en el callejón donde se encuentra el montón de *bhusa* desea verlo a las once».

Trejago arrojó a la chimenea las bagatelas que componían la carta y se echó a reír. Sabía que los hombres de oriente no cortejan bajo una ventana a las once de la mañana y que tampoco las mujeres conciertan una cita con una semana de antelación. Y así, esa misma noche, a las once en punto, se presentó en el callejón de Amir Nath, embozado en un *burka*, que cubre tanto a un hombre como a una mujer. No bien los gongs de la ciudad dieron la hora, la vocecilla tras la reja reanudó «La canción de amor de Har Dyal» en ese verso en el que la muchacha pastún suplica a Har Dyal que regrese. La canción es muy hermosa en su versión vernácula. Al traducirla se pierde su lamento. Dice algo parecido a esto:

Sola en las azoteas que miran hacia el norte,  
me vuelvo a contemplar el resplandor del cielo:  
el goce de tus pasos en el norte,  
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Tendido está a mis pies el bazar quieto,  
reposan más allá los camellos cansados:  
ellos y los cautivos de tu asalto.  
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Agriada y vieja está la esposa de mi padre,  
y esclava soy de todos en la casa paterna.  
Es la pena mi pan y mi bebida el llanto,  
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Cuando el canto hubo cesado, Trejago se acercó al pie de la reja y susurró:

—Estoy aquí.

Bisesa era una joven de buen ver.

Esa noche marcó el comienzo de muchas cosas extrañas, y de una doble vida tan intensa que, aún hoy día, Trejago se pregunta si no fue todo un sueño. Bisesa, o acaso la anciana criada que le lanzó la carta, había desprendido la pesada reja de la pared de ladrillo, de tal suerte que la ventana se deslizó hacia dentro, dejando apenas un hueco cuadrado por el que un hombre ágil podía colarse.

De día, Trejago cumplía con su rutina laboral, o se ponía su ropa de calle y visitaba a las damas del puesto, preguntándose si seguirían recibéndolo si supiesen de la existencia de la pobre Bisesa. De noche, cuando toda la ciudad se hallaba en calma, daba su paseo envuelto en el *burka* maloliente, cruzaba el barrio de Yitha Megyi y torcía deprisa en el callejón de Amir Nath, entre el ganado dormido y las paredes ciegas para llegar, al fin, junto a Bisesa y la respiración profunda y regular de la anciana que dormía al otro lado de la puerta del austero cuartucho que Durga Charan había asig-

nado a la hija de su hermana. Quién o qué era Durga Charan es algo que Trejago nunca preguntó; y tampoco se le ocurrió preguntarse cómo no fue descubierto y degollado hasta que su locura hubo concluido, y Bisesa... Pero de eso hablaremos más adelante.

Bisesa era para Trejago una inagotable fuente de delicias. Era ignorante como un pajarillo, y sus distorsionadas versiones de los rumores que llegaban hasta su habitación desde el mundo exterior divertían a Trejago casi tanto como sus ceceantes intentos de pronunciar su nombre: Christopher. La primera sílaba le resultaba siempre imposible, y movía con gracia sus manos de pétalo de rosa, como si quisiera espantar la palabra, para luego, arrodillándose ante Trejago, preguntarle, exactamente igual que una mujer inglesa, si estaba seguro de que la amaba. Trejago le juraba que la amaba más que a nada en el mundo. Y era cierto.

Transcurrido un mes desde que se iniciara esta locura, las exigencias de su otra vida obligaron a Trejago a mostrarse especialmente atento con cierta dama a la que conocía. Pueden ustedes dar por sentado que un hecho de esta naturaleza no sólo es advertido y comentado por los hombres de la propia raza, sino también por ciento cincuenta nativos. Trejago debía pasear con la dama en cuestión, conversar con ella junto al kiosco de los músicos y de vez en cuando llevarla en su coche de caballos, sin imaginar siquiera por un instante que esto pudiera afectar a su vida clandestina, mucho más preciada para él. Pero las noticias corrieron de boca en boca, como misteriosamente suele suceder, hasta llegar a oídos de la dueña de Bisesa, quien al punto habló con ésta. Tan trastornada estaba la chiquilla que descuidó sus quehaceres domésticos y por ello recibió una buena paliza de la esposa de Durga Charan.

Una semana más tarde, Bisesa le recriminó a Trejago sus devaneos. No sabía de sutilezas y se expresó sin ambages. Trejago se echó a reír, y Bisesa a patalear con los pies, unos

piecitos ligeros como caléndulas, que cabían en la palma de la mano de un hombre.

Mucho de lo que se ha escrito acerca de la pasión y la impulsividad de los orientales es exagerado y recabado de segunda mano, pero hay en ello una parte de verdad; y cuando un caballero inglés descubre esa verdad, le sorprende tanto como cualquiera de sus propias pasiones vitales. Bisesa se enfureció, gritó y finalmente amenazó con quitarse la vida si Trejago no dejaba de inmediato a la memsahib extranjera que se había interpuesto entre ellos. Trejago intentó explicarse y demostrarle a Bisesa que no entendía aquellas cosas desde un punto de vista occidental. Bisesa se irguió y se limitó a decir:

—No las entiendo. Yo sólo sé que no es bueno quererte más que a mi propio corazón, sahib. Tú eres inglés. Yo no soy más que una chica negra—era más rubia que un lingote de oro de la Casa de la Moneda—y viuda de un hombre negro.

Luego sollozó y dijo:

—Pero por mi alma y por el alma de mi madre, te amo. No te haré ningún daño, me ocurra lo que me ocurra.

Trejago discutió con la muchacha, intentó tranquilizarla, pero Bisesa parecía más afectada de lo razonable. Nada podía satisfacerla, salvo que él rompiera por completo toda clase de relación con aquella mujer. Trejago tenía que marcharse enseguida. Y se marchó. Besó dos veces la frente de Bisesa mientras salía por la ventana y volvió a su casa desconcertado.

Una semana y tres más transcurrieron sin señal alguna de Bisesa. Pensando que la separación ya había durado demasiado, Trejago acudió al callejón de Amir Nath por quinta vez en esas tres semanas, con la esperanza de que su golpe con los nudillos en el alféizar de la ventana hallase respuesta. No se vio defraudado.

Había luna creciente, y un rayo de luz entraba en el callejón, iluminando la reja, que se retiró nada más llamar Trejago. Desde la negra oscuridad, Bisesa tendió los brazos a la

luz de la luna. Tenía ambas manos cortadas a la altura de las muñecas, y los muñones ya casi habían cicatrizado.

Luego, mientras Bisesa hundía la cabeza entre los hombros y empezaba a sollozar, alguien gruñó como una fiera en el interior de la habitación, y algo afilado—cuchillo, espada o lanza—atravesó el *burka* de Trejago. La estocada no le alcanzó el cuerpo, pero le cortó uno de los músculos de la ingle, y Trejago quedó afectado de una leve cojera para el resto de su vida.

La reja volvió a ocupar su lugar. No llegó ninguna señal desde el interior de la casa... nada sino la franja de luz de luna en lo alto del muro, y más allá la negrura del callejón de Amir Nath.

Lo siguiente que Trejago recuerda, después de rabiar y de gritar como un loco entre los despiadados muros de la calleja, es que despertó junto al río al rayar el alba, se deshizo del *burka* y volvió a casa con la cabeza descubierta.

Trejago continúa sin saber cuál fue la tragedia: si Bisesa, en un arrebato de injustificada desesperación, lo había contado todo, o si la intriga había sido descubierta y ella torturada hasta confesar; si Durga Charan conocía el nombre de Trejago, y qué fue de Bisesa. Algo terrible había sucedido, y el pensamiento de lo que pudo ser aún asalta a Trejago de cuando en cuando en plena noche y lo desvela hasta el amanecer. Un curioso detalle del caso es que Trejago desconoce dónde se encuentra la entrada principal de la casa de Durga Charan. Tal vez en un patio común a dos o más casas, o quizás tras alguna de las puertas del *bustee* de Yitha Megyi. Trejago lo ignora. Ya no puede volver junto a Bisesa, la pobre y pequeña Bisesa. La ha perdido en la ciudad donde cada vivienda se protege tan celosamente como se preotegería una tumba, y donde, como una tumba, cada vivienda es incognoscible; y la ventana con su reja que da al callejón de Amir Nath ha sido tapiada.

Sin embargo, Trejago cumple regularmente con sus visitas, y es tenido por un hombre muy decente.

No hay en él nada que llame la atención, salvo una leve rigidez en la pierna derecha, consecuencia de un esguince que se produjo montando a caballo.